

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2002

SOBRE LA CULTURA JURIDICA CHILENA

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL / N° 20 / 2002



SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL

Editor:

Agustín Squella

Asistentes del Editor:

Aldo Valle, Joaquín García-Huidobro y Claudio Oliva

Comité Consultivo:

Albert Calsamiglia (†) (Barcelona), Elías Díaz (Madrid),
Enrico Pattaro (Bologna), Miguel Reale (Sao Paulo),
y Rolando Tamayo (Ciudad de México).

Consejo Editorial:

Antonio Bascuñán, Enrique Barros, José Joaquín
Brunner, Humberto Giannini, Alfonso Gómez-Lobo,
Jorge Iván Hübner y Máximo Pacheco.

ANUARIO DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
2002

SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA
JURIDICA Y SOCIAL
ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL Nº 20
2 0 0 2

Esta obra ha sido impresa con la colaboración de las Facultades de Derecho de las Universidades Adolfo Ibáñez, Austral de Chile, Católica de la Santísima Concepción, Católica de Temuco, Católica de Valparaíso, de Concepción y Diego Portales.

Especial mención cabe hacer a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, en cuyo taller de imprenta, "Edeval", se llevó a efecto la impresión de este volumen.

©

Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social

ISSN — 0170 — 17881

Diseño Gráfico: Allan Browne Escobar

Impreso en EDEVAL
Errázuriz 2120 - Valparaíso
E-mail: edeval@uv.cl

ANUARIO DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL

2002

SOBRE LA CULTURA JURIDICA CHILENA

SOCIEDAD CHILENA
DE FILOSOFIA JURIDICA Y SOCIAL



SOCIEDAD CHILENA DE FILOSOFIA

JURIDICA Y SOCIAL

DIRECTORIO

(2001 - 2003)

Antonio Bascuñán Rodríguez, Antonio Bascuñán Valdés,
Jesús Escandón Alomar, Pedro Gandolfo Gandolfo,
Joaquín García-Huidobro, Fernando Quintana Bravo,
Nelson Reyes Soto, Agustín Squella Narducci y Aldo
Valle Acevedo.

La Sociedad Chilena de Filosofía Jurídica y Social tiene
su domicilio en la ciudad de Valparaíso. La correspon-
dencia puede ser dirigida a la casilla 211-V, Valparaíso.

P R E S E N T A C I O N

Este número del *Anuario de Filosofía Jurídica y Social* corres-
ponde a 2002 y aparece a comienzos del segundo semestre de 2003.

En su primera parte, como es habitual en todos los números del
Anuario de Filosofía Jurídica y Social, este volumen contiene una
sección *Estudios*, donde se reproducen diversos trabajos de interés
en el campo de la filosofía política y de la teoría y filosofía del
derecho.

Seguidamente, la sección *Ponencias* reproduce la versión escrita
de las comunicaciones que fueron presentadas en las V Jornadas
Chilenas de Filosofía del Derecho, que tuvieron lugar en octubre
de 2002 en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Univer-
sidad de Valparaíso. Las mencionadas Jornadas estuvieron dedicadas
al tema "La cultura jurídica chilena", y en ella participaron más
de 20 ponentes de distintas Facultades y Escuelas de Derecho del
país.

A continuación, se incluye el discurso que pronunció el Vice-
presidente de la corporación, Antonio Bascuñán Valdés, con ocasión
de haberse otorgado a los profesores Jorge Iván Hubner y Máximo
Pacheco Gómez la distinción de Socios Honorarios de la Sociedad
Chilena de Filosofía Jurídica y Social. El acto correspondiente tuvo
lugar en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, en el
mes de diciembre de 2002.

Este y los anteriores números del *Anuario de Filosofía Jurídica
y Social* pueden ser solicitados a la Casilla 211-V, Valparaíso, Chile.

*Sociedad Chilena de Filosofía
Jurídica y Social*

ESTUDIOS

CAMBIO CULTURAL Y TEMAS VALORICOS

LUCIANO TOMASSINI *

Las ideas, valores, actitudes y comportamientos propios de la modernidad, de la cual somos herederos, han cambiado muy profundamente. Esos valores y actitudes constituyen la cultura de una sociedad, la representación que la comunidad y que la gente se forma acerca de ella, y que por lo tanto le dan su identidad y su estructura. Este cambio constituye hoy lo que Ortega y Gasset denominó "el tema de nuestro tiempo" en su época.

La sociedad actual

Las opiniones comunes acerca de la impresión que produce la sociedad actual en la gente se escalonan en un espectro que va desde la perplejidad, la inseguridad, la angustia y el temor. Los políticos, los dirigentes sociales, los líderes de opinión y los intelectuales parecen haber perdido contacto con la realidad, y están también perplejos. La tercera revolución tecnológica, el triunfo de la economía de mercado y el proceso de globalización habrían alterado de tal manera la estructura y los valores de las sociedades en que vivieron las generaciones anteriores que hoy nos cuesta comprender la sociedad actual.

* Profesor del Centro de Políticas Públicas de la Universidad de Chile.

A lo largo de los tiempos modernos, particularmente después de la guerra de treinta años o de la revolución francesa, las sociedades del mundo occidental —del cual formamos parte— fueron construidas de acuerdo con un modelo previo. Católicas o protestantes, agrícolas o industriales, liberales, marxistas o social-demócratas, oligárquicas o mesocráticas, todas trataron de implementar un cierto modelo, encarnado por el estado o por los grupos dominantes, y ejecutados por medio del poder o incluso la vía violenta, fue la matriz de las sociedades rurales del antiguo régimen así como también de las sociedades industriales surgidas en el siglo XIX. Ello ocurrió también con la sociedad oligárquica que tuvimos en Chile hasta 1920 o con el proceso industrializador que impulsamos hasta 1970. Esta situación permitía que las estructuras de nuestras sociedades fuesen claramente comprensibles para sus defensores y sus detractores, y su comportamiento, previsible. Si uno conocía el modelo —y para ello existían la religión o las ciencias sociales— podía comprender también la copia.

La escuela predominante en la reflexión sociológica chilena, cuyo principal inspirador fue tal vez Alain Touraine, sostenía que las sociedades son dirigidas por un puñado de actores sociales relevantes, cuya emergencia, orientación y protagonismo estaban determinados por la matriz socio-económica imperante en una etapa dada. Manuel Antonio Garretón, en una entrevista concedida recientemente al diario Clarín de Buenos Aires, recuerda que durante aquella época concebíamos al país como “un espacio en que se correspondía una economía, una política, una estructura social y una cultura, y en donde los distintos actores tenían un terreno de disputa por el poder del estado, para obtener los bienes y servicios que éste proveía en sociedades creadas desde aquel estado”. Dentro de ese escenario, la política consistía “en integrar sectores sociales, organizarlos y dirigir sus demandas al estado, al tiempo que se peleaba por controlar el timón de éste para orientarlo en una u otra dirección. Esa era la forma clásica de la acción colectiva en lo que llamamos la matriz estatal-nacional-popular”. Pero todas las matrices se rompieron en Chile, y en el resto del mundo, a partir del último tercio del siglo XX.

Transformación socio-cultural

La transformación de las sociedades occidentales no provino fundamentalmente de los mayores niveles de ingreso alcanzados como consecuencia del sostenido período de prosperidad de la posguerra, ni de los cambios tecnológicos o económicos, ni del proceso de globalización anteriormente mencionado, sino de un cambio cultural de origen y consecuencias más profundos, que equivale a un cambio de época. De un modo similar y diferente a la vez que en la época del renacimiento y la reforma, que un historiador definió como “una rebelión de la razón contra un mundo de autoridades admitidas”, el cambio actual también se inicia con una rebelión radical y generalizada emprendida en nombre de la subjetividad de las personas contra la excesiva racionalización de la vida social a que había conducido la modernidad madura. Otro historiador cifra simbólicamente los inicios de esta revuelta en el año 1968, cruzado por revoluciones culturales que van desde París a Praga, desde Santiago a Tlatelolco, y desde la toma de Londres por los hippies hasta la de Woodstock por el rock. El hecho de que las banderas de esas revoluciones parecieran haber sido domesticadas posteriormente por las instituciones establecidas, no debe nublar el reconocimiento de que sus consignas quedaron incorporadas en las nuevas formas de vida, del mismo modo como el helenismo y el cristianismo impregnaron al imperio romano, aparentemente intacto, en sus postrimerías.

La cultura de la modernidad madura, con su fe en la razón y en su capacidad para proponer grandes modelos sociales, fue cuestionada. A fines de los años setenta la OECD encargó al sociólogo Inglehart y su equipo un estudio sobre la transformación de los valores en las sociedades occidentales, estudio que llegó a la conclusión de que ellos estaban transitando aceleradamente desde un conjunto de valores materialistas hacia otros postmaterialistas, que enfatizaban la calidad de la vida; ese estudio dio lugar, hasta hoy, a la Encuesta Mundial de Valores. Poco después, el gobierno canadiense encargó al filósofo francés Lyotard un estudio sobre el estado del conocimiento y la enseñanza en el mundo: el autor llegó a la conclusión de que las sociedades de esa época estaban rechazando la validez de las grandes narrativas —o modelos— que las habían ins-

pirado, y estaban revalorizando la diferencia y la posibilidad de elegir de las comunidades y de las personas. Estos son tal vez los primeros orígenes de la reflexión sobre las características culturales del mundo en que vivimos y de la hipótesis de que nos encontraríamos en una suerte de postmodernidad.

La antigua confianza en unas estructuras individuales y sociales fundadas en un modelo previo se ha erosionado. El papel del conocimiento y de la información ha dado lugar a sociedades más complejas, abiertas y dinámicas en que parecería que las cosas no están hechas sino que hay que hacerlas cada día. Como ha mostrado Manuel Castells en su influyente obra en tres volúmenes, no vivimos tanto en una sociedad de instituciones, sino en una sociedad de redes. Incluso el antiguo concepto de organización, como una estructura piramidal y rígida, ha cambiado: para Fernando Flores, una organización no es sino "un conjunto de conversaciones". En la sociedad moderna —que tuvo su apogeo en la época victoriana— ser diferente era mal considerado: equivalía a reírse en la fila. La gente de hoy prefiere la diferencia frente a la uniformidad; el cambio frente a la estabilidad; lo particular respecto de lo universal; la indeterminación a la reglamentación; el riesgo más que la seguridad de lo ya visto, y la posibilidad frente a las antiguas certezas. De hecho, el gran sociólogo alemán Ulrich Beck definió nuestro tiempo como la sociedad del riesgo.

El sentido del riesgo, de la fragilidad y de la incertidumbre, pero también el emprendimiento y la búsqueda de identidades propias, que caracteriza a la sociedad actual, es coherente con los sentimientos de perplejidad, de confusión, el stress y la angustia que, de acuerdo con tantos estudios y estadísticas, experimenta hoy una proporción creciente de la gente. El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo realiza periódicamente, desde hace más de diez años, un estudio mundial sobre el desarrollo humano, que se apoya en análisis efectuados en todos los países. El estudio realizado en Chile en 1998 se refirió a las "paradojas de la modernización", a cómo ésta a su paso genera logros y destruye cosas, con esa capacidad de "destrucción creativa" que en los años 40 le atribuyó Schumpeter, llegando a la conclusión de que para un gran número de chilenos se estaba traduciendo en una "subjetividad vulnerada". El estudio efec-

tuado sobre este fenómeno el año 2000 recomendó, como antídoto, "más sociedad para el desarrollo". Estas conclusiones se profundizan en el informe 2002.

"Chile está viviendo un profundo cambio cultural. En este proceso desempeñan un papel central las dinámicas de la globalización de la sociedad e individualización de las personas, la centralidad del mercado y las nuevas tecnologías. Los cambios culturales crean oportunidades pero también dificultades para la convivencia cotidiana. La imagen heredada de lo chileno se ha vuelto difusa y poco creíble para la mayoría de las personas. Junto con ello se ha debilitado el sentido de pertenencia a Chile. La sociedad chilena no parece disponer hoy de una imagen de sí misma que le permita ser sujeto. A ello contribuye una imagen conflictiva de su pasado y un diseño débil de su futuro. La producción de experiencias y significados de lo social debe hacerse cargo hoy de nuevas dinámicas, nuevos materiales y nuevos actores".

La modernidad tradicional era fácilmente comprensible: en ella, si uno se remontaba al proyecto social originario, como escribiera el poeta Pedro Lastra, no había "nada por descifrar". Hoy día en vano procuran los tecnócratas y los políticos proyectar las consecuencias de una tasa de crecimiento previsible o de determinados resultados electorales sobre nuestro futuro. Sus conclusiones ya no pueden ser unívocas. El último informe anteriormente mencionado revela que el 69% de nuestros compatriotas estima que su familia y sus hijos constituyen el elemento más importante para definir su identidad y, sin embargo, el 59% de los mismos considera a la vez que la familia es una institución en crisis o una fuente de tensiones y problemas. En sociedades del conocimiento, de la opción y del riesgo, su comportamiento depende cada vez menos de estructuras y tendencias objetivas, mensurables y predecibles, y cada vez más de las imágenes simbólicas que se forman acerca de ellas la comunidad y la gente. Se requiere, pues, una mayor capacidad interpretativa.

Los orígenes

Esta rebelión de la subjetividad de las personas contra un mundo de ideologías y estructuras preestablecidas es profundamente sub-

versiva. Según Theodore Roszak, el gran pensador crítico norteamericano, "vivimos en una época en que la experiencia privada de poder descubrir una identidad personal, un destino propio que cumplir, ha llegado a constituir una fuerza política subversiva de grandes proporciones". Muchos han confundido este nuevo ethos de la identidad personal con el individualismo característico de la edad moderna: como ocurre en todo cambio de época, muchos no distinguen entre las nuevas tendencias hacia el desarrollo de una identidad personal, por una parte, y la orientación hacia la competencia en el mercado, por la otra.

Se ha sostenido aquí que la transformación que ha experimentado la sociedad actual se debe a un cambio cultural tan radical que equivale a un cambio de época. La cultura se refiere a las ideas, los valores, las actitudes, las preferencias, las instituciones y los comportamientos que predominan en cada etapa histórica de una sociedad determinada. Aquella fue la visión que heredamos del romanticismo europeo y del historicismo alemán que abrieron paso al siglo XX. Fue la herencia de Dilthey o Spengler, hasta llegar a Braudel y Foucault, entre muchos otros. Este concepto de cultura tuvo gran influencia durante el período que va desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la segunda posguerra. A partir de esta última, el debate en torno a visiones del mundo o a cuestiones valóricas fue cancelado por la necesidad de blindar las ideas en que se basaba el mundo libre y la economía capitalista, liderados por los Estados Unidos, frente a la amenaza marxista, en un mundo bipolar, que se desestructuró a fines de los años ochenta.

El cambio cultural producido desde fines de los años sesenta es claramente postmetafísico y remotamente heideggeriano. Postmetafísico en el sentido que se rehúsa a definir nuestra realidad, nuestra identidad y nuestra posición en ella, en términos de categorías o esencias abstractas e inmutables, que confieren su nombre, su identidad y su valor a las cosas, concepción que predominó a partir de los filósofos clásicos en el pensamiento occidental. La propuesta de Heidegger en la primera mitad del siglo XX, cuyo hermetismo ha determinado que se haya difundido lenta e indirectamente en los más diversos sectores del pensamiento y de la práctica, rechaza la presunción de que la realidad responda a una esencia previa. Para

él la realidad —el ser ahí— es un ser-en-el-mundo en que nosotros nos construimos a través de nuestra interacción con el entorno y, al mismo tiempo, a través de ella construimos nuestro mundo. Mundo y hombres somos el sentido que atribuimos a las cosas y a nuestro propio rol en ellas. Esta tarea es indisolublemente individual y colectiva. Su herencia intelectual es que no somos la copia de un modelo sino que somos un proyecto abierto, que nos definimos a nosotros mismos y construimos nuestro mundo a través de nuestra relación con él, más bien una posibilidad que una esencia.

Anthony Giddens, medio siglo después, comenzó a sostener que las personas y las instituciones, que a lo largo de la edad moderna respondieron a identidades fraguadas en determinados nichos históricos, sociales, familiares o religiosos, en la actual etapa de la modernidad avanzada se encuentran como desarraigados de esos nichos tradicionales, que les conferían identidad, pero que han sido destruidos, y por lo tanto se encuentran arrojados a un escenario en que tienen que construir sus propias identidades individuales y colectivas.

Las manifestaciones

Nunca nuestro país —como el resto del mundo— había visto tal eclosión de "temas valóricos" en la agenda ciudadana. Se trata de temas que desbordan transversalmente por completo los antiguos estamentos de clase o las diferencias ideológicas. En la cotidianeidad de nuestras sociedades los llamados temas valóricos han pasado a ser la principal fuente de las preocupaciones de la gente y la moneda corriente de sus transacciones económicas, sociales y políticas y, si bien generan naturales conflictos, se aprecian como la única fuente de cooperación en torno a un cierto proyecto de país en la medida en que logren generarse los mecanismos de solidaridad y concertación social necesarios para ello. El principal medio de comunicación del país ha sostenido que, en la eventualidad de que la Concertación no acceda a un cuarto gobierno, aspira a dejar consolidados cuatro amarres: la estabilidad macroeconómica, la subordinación de las Fuerzas Armadas al poder civil, un consenso republicano y el cambio cultural. El documento preparado para la Cumbre de Johannesburgo que provocó una debacle en la Cancillería se refería, precisamente, a los temas valóricos.

Junto con la explosiva ampliación y diversificación de la agenda ciudadana es posible advertir hoy día el radical cambio que ha experimentado la composición de los líderes de opinión y de los íconos que transmiten a la gente sus imágenes. Tras el desdibujamiento de los grandes actores sociales, del sentido de clase, de las ideologías políticas, de los partidos y del propio estado, han pasado a ocupar un lugar dominante los medios de comunicación, la pantalla cada vez menos chica y el espectáculo como estilo predominante de la actividad social, económica y política. Se ha desarrollado un fuerte culto al crecimiento económico y al aumento del ingreso personal. Ha cambiado radicalmente el espectro de oportunidades de trabajo y su sentido. El consumo ha adquirido un protagonismo decisivo y las personas y los grupos sociales se pueden clasificar y distinguir de conformidad con su nivel y tipo de consumo. Ha desaparecido el espacio público, como el barrio, el arte universitario o el liceo, y ha sido reemplazado por el mall como centro de atracción de la comunidad. En la medida en que el ingreso real de las personas no permite adquirir en dichos centros, hemos pasado a constituir una sociedad de vitrina, en que la gente por lo menos aspira a ver los símbolos de ingreso y de modernidad a que aspiran.

Pero, al mismo tiempo, muchas cuestiones que antes tenían una significación privada o limitada, como los nacimientos fuera del matrimonio, la formación de parejas al margen del mismo, el futuro de las PYMES, de la pesca artesanal o de los indígenas, la contaminación o la disposición de la basura, hoy son temas públicos. La gente, que la historia y la mayor parte de nuestros candidatos dicen que es la voz de Dios, los califica como temas valóricos. Al margen de cualquier posición doctrinaria, los valores consisten en las preferencias de la comunidad en una determinada etapa histórica.

Ello se debe al cuestionamiento de la capacidad de los modelos, proyectos o narrativas globales para modelar la estructura de la sociedad y la vida de las personas, y a la creciente preferencia por la capacidad de optar, la iniciativa personal, la creatividad y la diferencia, así como también lo particular, lo transitorio y contingente. Esta nueva sensibilidad no supone, necesariamente, dejar más desprotegidos a la sociedad y a las personas, más carentes de raíces, sino que alerta acerca de que esas raíces deben buscarse en una pluralidad

de nichos, en lo particular y lo local, en la selectividad de las personas y en su capacidad de formar redes para manejar colectivamente sus preferencias electivas dentro de ámbitos y visiones comunes.

Da la impresión de que el catolicismo de hoy —y su jerarquía— se ha quedado a la zaga de esas transformaciones o tiene temor a reconocerlas. Comprenden que estamos en una época de cambios pero no que nos encontramos en un verdadero cambio de época. No es la globalización lo que ha generado dicho cambio: la globalización fue hecha posible por la transformación de las aptitudes, las preferencias, los valores, y el comportamiento de la gente, y su potencia radica en difundir esta nueva sensibilidad cultural a través de todas las fronteras nacionales. Sin embargo, como se ha dicho, esta nueva cultura es fuertemente particularista, por lo que inevitablemente lleva a la coexistencia de lo global y lo local. La preocupación de la Iglesia por evangelizar las culturas locales, así como también por reconocer la pluralidad de culturas que suele haber en un mismo país, es digna de elogio, aunque también oculta su dificultad para reconocer el pluralismo que existe al interior de nuestra propia cultura oficial.

Esta dificultad tiene sus raíces en las formas en que históricamente han sido interpretados el fundamento teológico, los principios morales y la actitud esencialista que adquirió el catolicismo en el medioevo. Jesús y sus discípulos nunca hablaron de la ley natural e incluso Cristo denunció la hipocresía que encerraba la obsesión farisea por el cumplimiento de la ley religiosa heredada en sus mayores. El concepto de ley natural proviene de la filosofía clásica, y fue conocido por los cristianos siglos después de la predicación de Cristo a través del helenismo, e incorporado a la base de su teología y de su moral por medio de la gran reconstrucción filosófica efectuada por Santo Tomás de Aquino. Una sensibilidad cultural que cuestiona la validez de paradigmas o modelos previos difícilmente podrá ser encuadrada o disciplinada invocando los imperativos abstractos de una ley natural. Se requiere, para ello, una actitud más abierta, solidaria y compasiva, capaz de compartir el ethos o la pasión del otro y de la comunidad en su conjunto, y de apreciar más el sentido de su comportamiento que su ajuste a una ley.